

Palabras Rodantes

Una alianza:



comfama



Carlos Castro Saavedra
El camino de la patria

Lecturas de ida y vuelta

© Comfama
© Metro de Medellín
© Herederos Carlos Castro Saavedra

Consejo editorial:

- David Escobar Arango
- Tomás Andrés Elejalde Escobar
- Juan Luis Mejía Arango
- Héctor Abad Faciolince
- Sergio Osvaldo Restrepo Jaramillo
- Luis Fernando Macías Zuluaga
- María Elena Restrepo Vélez
- Luis Ignacio Pérez Uribe
- Juan Correa Mejía
- Juan David Correa López
- Mauricio Mosquera Restrepo
- Juan Diego Mejía Mejía

Ilustración carátula:

- Diego Arboleda

- Coordinación editorial e impresión: Apotema S.A.S.
Primera edición: mayo de 2018
ISBN: 978-958-8396-88-0
Impreso en Colombia

Comfama
www.comfama.com
palabrasrodantes@comfama.com.co
Central de llamadas de Comfama 360 70 80
Twitter: @comfama

Metro de Medellín
www.metrodemedellin.gov.co
Línea Hola Metro 444 95 98
Twitter: @metrodemedellin

ALIANZA COMFAMA – METRO DE MEDELLÍN

A COMFAMA y al METRO de Medellín nos une todo lo que hace más bella la vida.

La alianza de las dos entidades en torno a la cultura valora los saberes aprendidos desde siempre, estimula la creación y exalta las diversas maneras de ver el mundo que son la auténtica riqueza de nuestra sociedad.

PALABRAS RODANTES UN MANIFIESTO

Palabras Rodantes es un programa de lectura de la ALIANZA COMFAMA - METRO de Medellín. De esta iniciativa hacen parte integral el proyecto editorial, las bibliotecas que prestan sus servicios en varias estaciones y la agenda cultural conjunta que recorre el sistema de transporte.

Palabras Rodantes estimula a los viajeros del metro a incorporar la lectura en sus vidas como una alternativa para llegar a donde la imaginación alcance. Es una propuesta de diálogo entre autores y lectores para que las personas y las comunidades encuentren en la lectura respuestas a las preguntas más sentidas de sus existencias.

Los viajeros de **Palabras Rodantes** comparten los libros con otros lectores y en esta forma se crea en el Valle de Aburrá, en medio de la velocidad de la vida cotidiana, una comunidad de ciudadanos unidos por los hilos invisibles de la imaginación, la solidaridad y la esperanza. La alianza COMFAMA – METRO de Medellín confía en los viajeros y en los lectores a los cuales les llegan los libros de la colección.

Palabras Rodantes reconoce el legado de la literatura universal para la humanidad y lo enriquece con nuevas propuestas que exaltan a los mejores creadores contemporáneos.

Los criterios de selección de los libros de la colección **Palabras Rodantes** favorecen a los lectores que no han tenido oportunidad de acceder a conocimientos especializados.

La agenda cultural de **Palabras Rodantes** complementa el goce de la lectura en otras dimensiones.

Los viajeros lectores de **Palabras Rodantes** amplían el horizonte de sus vidas, conocen historias de otros viajeros en otros lugares de su ciudad y del mundo, se reconocen en los personajes y en las culturas diversas, saben que la palabra los une con todos los rincones de la tierra y valoran la importancia de la lectura como un camino a la libertad y a la felicidad.

EL CAMINO DE LA PATRIA

Carlos Castro Saavedra

CONTENIDO

Prólogo	11
Camino de la patria	17
Dios	18
Primera elegía	19
Historia de quijotes	21
Soy un hombre sonoro	22
Segunda elegía	24
Breve visión de la lluvia	25
Merecemos el día	27
Esposa patria	27
Elegía	30
Epitafio	31
Los caballos por dentro	32
Plegaria desde América	34
Y no hay blancura en tu vestido blanco	40
Coplas del amor y de la muerte	42
Melancolía de las banderas	44
Plegaria	45
Te quiero por sencilla	46
Hermoso Whitman	47
Soneto del amor elemental	48
Callémonos un rato	49

Los ataúdes enamorados	50
El mundo por dentro	51
En ti beso la patria	52
Amistad	53
Amor	53
Canción del amor herido	54
Fecunda compañera	55
Hembra de tierra y tierra	56
Inés	56
Las trenzas lejanas	57
Mujer sin nombre	59
Niña mudable	61
Petición entrañable	62
Presencia del amor victorioso	63
Solo su cuerpo dulce	64
Soneto del amor elemental	66
Soneto herido por la muerte	66
Surco y mujer	67
Vengo y voy a tu vientre	68
Vestida como el campo	69
Angustia	70
Cualquier hombre canta a su hijo presentido	72
Destino	73
Esposa América	74
Ínsula	76
Viento rojo	77
Una hoja no más	77

Maternidad	78
Luces para un hijo	79
No muere el hombre	80
Guárdame de los vientos y los viajes	81
Canción amarga	82
Tejedora	82
Autorretrato	83
Desde la noche sin estrellas	85
Búsqueda del amor y de la patria	86

PRÓLOGO

Es oportuna esta canción

“Los grandes poetas no tienen biografía.
Sólo tienen destino.
Y el destino no se narra...
Se canta...
Escuchad.”

¿Es inoportuna esta canción?

León Felipe

Carlos Castro Saavedra era bajito, acuerpado, de tez morena, fumaba con el cigarrillo puesto en la comisura de los labios. En su juventud usaba sombrero. Era tímido, las palabras le salían a cuentagotas, pero eran precisas y contundentes. A veces se ensimismaba y parecía que soportaba sobre sus hombros el dolor de la humanidad entera. Al final de sus días encontró refugio en una casa con corredores y chambranas a la que llamó “La voz del viento”.

Publicó su primer libro *Fusiles y luceros* en la Imprenta Municipal de Medellín en 1946. Para entonces tenía 22 años y ya era reconocido por

sus poemas publicados en distintos periódicos desde 1939. Pertenecía a una generación de intelectuales marcados por la agitación social que vivía Colombia desde la década de los treinta. En compañía de Manuel Mejía Vallejo, Fernando González, Pedro Nel Gómez, Alberto Aguirre y otros artistas fundó una institución llamada La Casa de la Cultura que pretendía crear bibliotecas populares y, por tanto, llevar la lectura a los barrios populares de la ciudad.

Su primera poesía es marcadamente social y nacionalista. De ella se desprende el claro tono nerudiano del Canto General. Sirvan de ejemplo estos versos dedicados al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán:

*“Yo lo vi al lado de los hombres,
codo a codo, al pie del pueblo.
En los motines, en las fábricas,
En los ferrocarriles, en las huelgas.
Su verbo de alas duras
Se batía en el cielo con las piedras...”*

Esa poesía social y su activismo cultural despertaron las malquerencias de los sectores más reaccionarios de la sociedad y, como ocurrió con tantos intelectuales de la época, debió partir al exilio. Y se fue a Chile en busca de Pablo

Neruda, quien lo acogió con afecto. El poeta chileno organizaba veladas para recoger algún dinero que le permitiera a Castro Saavedra y a su esposa Inés pasar dignamente los días amargos del exilio. La amistad de Neruda quedó plasmada también con las palabras con las que prologó una de las reediciones de *Fusiles y luceros*: “Pienso que la poesía colombiana despierta de un letargo adorable pero mortal. Este despertar es como un escalofrío y se llama Carlos Castro Saavedra”.

En su momento fue reconocido como uno de los más importantes poetas colombianos. En 1949, cuando aparece su libro *33 poemas*, un joven periodista llamado Gabriel García Márquez escribe en su columna *La jirafa*, del diario *El Heraldo* de Barranquilla: “El de Castro Saavedra... es uno de los buenos libros de poesía que han aparecido en Colombia desde el instante en que se inició nuestra historia literaria... Su fuerza, su vitalidad, no está simplemente en las palabras, sino en la destreza con que ajusta esas mismas palabras a su punto de vista humano, a su rebelde posición de hombre golpeado por las corrientes naturales. En ese clima, su poesía es ya un seguro diapasón que puede pasar por la angustia de la rebeldía a la angustia de la ternura, y pasar sin romperse, en un perfecto equilibrio de ejecución”.

La poesía de Castro Saavedra marcó la vida intelectual de la generación siguiente, la cual recitaba entusiasmada sus poemas sociales. En una de las campañas presidenciales recientes, se recuerda al candidato Carlos Gaviria Díaz declamando en las plazas públicas *El camino de la patria*:

“Cuando se pueda andar por las aldeas y los pueblos sin ángel de la guarda. Cuando sean más claros los caminos y brillen más las vidas que las armas...”

Pasados los años la obra de Castro Saavedra se atempera y adquiere un tono más íntimo, más personal. De la grandilocuencia social pasa al susurro del amor y a nombrar lo sencillo, lo elemental de la vida. *El Elogio de los oficios* es un buen ejemplo de cómo la palabra poética dignifica las manifestaciones más humildes de la existencia humana.

La poesía adquiere también un dejo de ternura que se expresa en la poesía dirigida a los niños. Son memorables algunas de sus nanas:

*“Duérmete mi vida,
duérmete clavel,
tallito de leche,*

ramito de miel”.

En buena hora la colección **Palabras Rodantes** reedita y trae de nuevo la poesía de Carlos Castro Saavedra para que sus versos nos acompañen al expresar la inconformidad ante la injusticia, para decir las dulces palabras del amor o para arrullar los primeros sueños de los niños colombianos. Hoy, más que nunca, es oportuna esta canción.

Juan Luis Mejía Arango
Abril de 2018

Foto: Archivo Patrimonial Biblioteca Pública Piloto.



Manuel Mejía Vallejo (izq), en compañía de Carlos Castro Saavedra.

CAMINO DE LA PATRIA

Cuando se pueda andar por las aldeas
y los pueblos sin ángel de la guarda.

Cuando sean más claros los caminos
y brillen más las vidas que las armas.

Cuando los tejedores de sudarios
oigan llorar a Dios entre sus almas.

Cuando en el trigo nazcan amapolas
y nadie diga que la tierra sangra.

Cuando la sombra que hacen las banderas
sea una sombra honesta y no una charca.

Cuando la libertad entre a las casas
con el pan diario, con hermosa carta.

Cuando la espada que usa la justicia
aunque desnuda se conserve casta.

Cuando reyes y ciervos junto al fuego,
fuego sean de amor y de esperanza.

Cuando el vino excesivo se derrame
y entre las copas viudas se reparta.

Cuando el pueblo se encuentre y con sus
/manos
teja él mismo sus sueños y su manta.

Cuando de noche grupo de fusiles
no despierten al hijo con su habla.

Cuando al mirar la madre no se sienta
dolor en la mirada y en el alma.

Cuando en lugar de sangre en el campo
corran caballos, flores sobre el agua.

Cuando la paz recobre su paloma
y acudan los vecinos a mirarla.

Cuando el amor sacuda las cadenas
y le nazcan dos alas en la espalda.

Solo en aquella hora podrá
el hombre decir que tiene patria.

DIOS

En el pan está Dios, en la colmena.
En el tallo, en la flor, en el aroma.
En el aire, en la luz, en la paloma.
En la sal, en la voz, en la azucena.

Está en el fruto que de miel se llena.
En el agua amorosa que se toma.
En la estrella que tiembla cuando asoma.
En la flauta que llora cuando suena.

Está en el nido oculto, está en la rama.
En la chispa, en la brasa, entre la llama
que alimenta la lámpara del día.

Y sobre todo está en el corazón
que en el molino azul de la canción
muele su grano de melancolía.

PRIMERA ELEGÍA

Ver que se apaga el padre,
ver que se va apagando,
y no poder alimentar con leños
su pecho de suspiros y letargos,
para que vuelva a ser sobre la vida
un incendio muy alto
y un resplandor de llamas
encima de la tierra palpitando.

Es terrible mirar que se va el padre,
que se va por los días, caminando,
solo, mientras se queda su mirada
enredada en los hijos y en los árboles.
A veces en las vueltas del camino,

junto a las piedras anchas de la orilla,
el padre se detiene
para escuchar el viento del pasado
que saltando los montes, los roquedos,
hasta su pecho llega gimiendo y sollozando.
Pero la muerte llama desde lejos,
llama y vuelve a llamar desesperada,
y su grito lo escuchan los mancebos
que atan gavillas dulces en el campo.

El padre se va hundiendo
con su esperanza, con nuestra esperanza.
Se va con sus dos brazos
en donde tantas veces, niños todavía,
floreCIMOS llorando.
Se va con su voz dura,
con su voz de varón dulcemente arrecida,
en donde cosechamos las primeras palabras
y los primeros nombres,
para llamar la vida.
Se va con su hermosura,
con su pecho de monte y su frente nevada,
su frente pensativa,
donde nacimos antes de nacer en las sábanas.
Se va el padre con todo, con la miel de sus
/huesos
y con el fuego dulce y hondo de su mirada.
¡Si el padre regresara!
¡Si las manos del hijo fueran como una aldea
para que en ellas se quedara!
Pero la muerte llama desde lejos,

llama y vuelve a llamar desesperada,
y su grito lo escuchan los mancebos
que atan gavillas dulces en el campo.

HISTORIA DE QUIJOTES

Todos éramos soñadores.
Todos amábamos la poesía
y los amores imposibles.
Por la noche andábamos sin rumbo,
hechizados por los astros,
y regresábamos al hogar
como de un sueño hermoso y largo.

Todos teníamos un reino
cerca del cielo azul y blanco.
Todos queríamos llegar primero
y tendíamos la mirada
como un ala sobre el espacio.
Cruzábamos claros países
y fecundábamos la tierra
por donde íbamos pasando.

Todos decíamos canciones
y llorábamos de entusiasmo.
Todos teníamos el alma
a flor de labios y de párpado.
Veíamos caer la tarde
y prometíamos no frustrarnos.

Con el fuego de las estrellas
santificábamos el pacto.

Pero han corrido algunos años
y ya empezamos a ser tristes
y a renunciar calladamente
a nuestro reino imaginario.
A veces alguien se retrasa,
a veces se oye que alguien llora
en la llanura solitaria.
Esta tierra es estéril
—dicen los hombres de labranza—
Y más estéril que esta tierra
es nuestro afán de desgarrarla.

El tiempo vuela y somos pocos
los que seguimos ensoñando.
¿Hasta dónde, hasta cuándo?
Todos los otros han caído
y de sus sueños solo queda
viento y ceniza sobre el mundo,
ceniza y viento sobre el campo.

SOY UN HOMBRE SONORO

Sueno con el viento que pasa,
con la hoja que cae,
con la gotera de humo
que cae sobre el cielo.

Todo en mí repercute:
mi sediento cordaje
reproduce el sonido
de los volcanes y las mariposas.

Soy un hombre sonoro
por dentro, hasta los huesos:
me traspasan banderas de rumor,
rumorosos desfiles.

Oigo entre mis heridas
tumultos y campanas,
ruiseñores que anidan
entre mis rojas venas.

En mis brazos acústicos
desembocan los pueblos
con su lloroso río
de párpados y lágrimas.

El mar con sus rebaños
de agua espumosa y blanca
entona en mis apriscos
su balido oceánico.

La tempestad me pulsa
con sus dedos eléctricos
y me arranca del pecho
las lluvias y los truenos.

Estoy lleno de mundo,
de mundiales clamores,
de bulliciosas guerras,
de abejas, de tambores.

Tengo piel de guitarra,
de océano, de anhelo:
yo no escribo ni canto,
yo simplemente sueño.

Sueño con el viento que pasa,
con la hoja que cae,
con la gotera de humo
que cae sobre el cielo.

SEGUNDA ELEGÍA

Yo vi partir el padre de un amigo
hacia la tierra, hacia el olvido,
con toda su fuerza de hombre
convertida en ceniza
sobre sus brazos y su pecho.

Recuerdo el ataúd
y los hijos que lo llevaban
sobre los hombros, sobre el corazón.
Los hijos en torno de la caja, de los despojos,
eran como las puntas de una estrella
apagada en el centro,

en el comienzo de la luz.

Recuerdo las coronas empapadas
y la arcilla tragándose unas manos de hombre
que sabían tumbar un toro sobre el campo
o una mujer sobre un campo de flores.

Yo vi cuando la tumba
se cerró tras el golpe de los enterradores.
Aún me duele el aire, los rezos, el silencio,
y la voz del amigo,
que sobre la ceniza de su padre
se agitaba lo mismo
que la última llama
de un incendio muy grande.
Aún me duele la soledad
que dejó el padre muerto,
porque es la misma soledad
que comienza a dejar mi padre vivo.

BREVE VISIÓN DE LA LLUVIA

Llueve sobre el campo verde.
Por entre música de agua
la mirada se me pierde.

Hay una brisa suspensa.
Bailan goteras desnudas
sobre una esmeralda inmensa.

El cristal de la llovizna
en el tronco de los árboles
carbonizados se tizna.

Frescas monedas del cielo
se meten por las ranuras
de la alcancía del suelo.

En la hierba humedecida
los grillos rayan un vidrio
de lluvia desvanecida.

Lluvia que bajas corriendo
a refrescar la mejilla
de la flor que está muriendo.

Lluvia que corres, bajando,
para humedecer a tiempo
la voz que se está quemando.

Lluvia que caes en la tierra
y que luego te levantas
en la miel que el fruto encierra.

Lluvia que caes en el alma
y llenas el corazón
de diamantes y de calma.

Cuando te veo descender,
pienso que mi alma y el campo
por ti van a florecer.

MERECAMOS EL DÍA

Merecemos el pan, amada mía.
Merecemos el día.

Empieza a anochecer pero tu frente
es un sol permanente.

Empieza a anochecer pero mis manos
son dos tercios veranos.

Claros de trabajar hemos llegado
al crepúsculo honrado.

Una dulce fatiga nos murmura
que merecemos su dulzura,

y la noche nos paga la faena
con la moneda de la luna llena.

ESPOSA PATRIA

No me canso de andar por tus collados,
de recorrer tu cuerpo y tus colinas,
de sembrar en tu tierra desgarrada
por mi pecho de espadas y de espinas.

Centímetro a centímetro te busco,
atravieso tus valles y terrenos,
y no me pueden contener tus manos
ni me sirven tus puertas ni tus frenos.

Penetro a golpes en tus precipicios,
a golpes rompo dulces armamentos,
y caigo en tus abismos desarmados
con mis labios furiosos y mis ojos violentos.

Con mi espumoso amor, con mi oleaje,
gasto tu resistencia y tus orillas,
y llego hasta la tierra de tus huesos
coronado de incendios y semillas.

Soy labriego de todas tus parcelas,
capitán de tus muslos, minero de tus minas,
leñador de tus árboles ocultos,
verdugo de tu pelo y tus encinas.

Sacudo tus raíces coloradas,
ataco tus rodillas, tus diamantes,
y muerdo la manzana de tu cara
con mis dientes hambrientos y mis labios
/amantes.

Me saben a Colombia los mordiscos,
a patria los abrazos y los besos,
y me saben las sábanas a tierra,
y a tierra las cobijas y los huesos.

Mujer de barro triste y colombiano,
de orquídeas aplastadas en mi lecho,
de rojos cafetales desgranados
por mis cóleras dulces y mi pecho.

Esposa del maíz y de los tiples,
de los bambucos y los yacimientos,
esposa mía, esposa de mi espuma
y de mis Tequendamas insurrectos.

Esmeralda morena, tierra viva,
chapolera, paloma de ojos bellos,
campesina vestida de amapolas,
de espigas populares y destellos.

Busco en tu frente pueblos y caminos,
galopo en tu cintura de caballos,
y te sacude el trueno de mis besos
y te ilumina el fuego de mis rayos.

Eres el río grande, el Magdalena,
yo soy el boga sobre la corriente:
me arrastran tus cabellos navegables
y veo pasar los peces por tu frente.

En tu bosque más hondo y más secreto
se abre la flor granate de mis hijos,
se multiplican mis revoluciones,
mis hojas grandes y mis ojos fijos.

Oigo en la vuelta de tu piel disparos

y me encuentro con muertos colombianos,
pero no me devuelvo, esposa mía,
y sepulto los muertos en tus manos.

He de llegar al fondo de tu vida,
al fondo de mi patria y de tus venas,
esposa patria, patria de mis besos,
capital de mis cantos y mis penas.

ELEGÍA

Amor, amor, con llanto te lo digo:
Se fue mi padre. Anda por el cielo.
Se quedaron los niños sin abuelo
y los viejos, amada, sin amigo.

Un domingo con lluvia fue testigo:
Viajando por el barro, por el suelo,
llegó mi padre, con su blanco pelo,
al país de las rosas y del trigo.

No volverá su voz a los cuarteles,
ni su dulce mirada a los manteles,
los panes rojos y las copas llenas.

De mi padre no queda casi nada:
Sólo dolor, la sombra de su espada
y la sangre que corre por mis venas.

EPITAFIO

Esta casa está sola. Aquí no vive nadie.
Pero hace apenas unos meses
era un hogar con una madre
que atizaba el fuego
y tendía los lechos blancos.

Era un hogar, y los hijos varones
hablaban de mujeres y de viajes
en torno del silencio de su padre.
Por la noche, muy cerca de una lámpara,
se agrupaba el amor de la familia:
alguien se levantaba
para ir a buscar un libro de poemas
pero dejaba en medio de los suyos el alma.
Adentro de esta casa, en sus alcobas,
que aún huelen a sábanas, a limpieza y a
/madre,
se vivió, se soñó,
y hubo sitios humildes y cotidianos
donde se echaba el perro a mirar a sus amos.
Mas un día llegó la muerte y ordenó el
desahucio porque nadie, en la casa había
pagado su tributo a la tierra.
Murió la madre, murió el padre
y los hijos se fueron a morir a otra parte.
Esta casa está sola. Aquí no vive nadie.

LOS CABALLOS POR DENTRO

Levanto con mis dedos la piel de los caballos,
la sombra que los cubre,
y veo la materia de que están contruidos,
la noche roja, el vino
que los habita y los levanta.

¡Qué abismos enlazados por el hilo
de la respiración y de la sangre!
Desciendo largamente por las venas,
comulgo con burbujas escarlatas
y me dejo invadir por las escamas
que los caballos sueñan a la orilla del agua.
Escalo coyunturas
que se me abren de pronto como flores de
/nieve,

pero tibias y duras.
Selvas de semen cruzo,
tejidos viscerales, filamentos, membranas
elásticas y claras.
El galope por dentro es una ola
del color de la noche.
¡Oh la profundidad de los caballos,
sus resinas fogosas, sus maderas
inundadas y tercas!
Yo he visto sus países interiores:
todos verdes, iguales a las hojas,
y al fuego que les nace los días de verano
en la raíz del ojo,

cuando miran el sol y las frutas maduras,
Yo he vivido, creedme, entre la sal de los
/caballos
y he contemplado el hierro y el acero
de sus tendones y sus esqueletos.
Nacen las crines lentamente, como seda
/mojada,
y les crecen los cascos como piedras
llenas de música y de clavos.
Crucé por sus gargantas
con el agua y la miel de los establos.
Sus gargantas son largas
y oscuras como túneles
por donde el mar se mete con su espuma
y su alfalfa sonora.
Días enteros, meses,
he recorrido el hondo país de los caballos
y he dormido sobre las flores
que los caballos hacen con saliva
y zumo de sus glándulas.
Pero todo no es vida navegable,
blanda materia orgánica.
Allí también hay cielo y hay ternura,
espacios blancos, lunas
que no pueden medirse ni cantarse.
Los caballos, amigos,
de repente se llenan de memoria y de tiempo
y por sus patios más profundos
pasan fantasmas generales
que un día galoparon sobre grandes batallas.

PLEGARIA DESDE AMÉRICA

Me llamo Carlos, soy nuevo, soy de América,
vivo en el sur de América con un hijo reciente,
mis pies son claros y anchos como la
/madrugada,
mi rostro es matinal, todo mi cuerpo es verde,
sobre mi pecho pastan búfalos y caballos
y el sol abre amapolas con su mano caliente.

Creo en el pescador, en sus pescados y en sus
/redes,
me gusta ver un pueblo estrenando palomas,
siempre espero una carta con noticias del
/mundo,
espero el pan, la paz, el amor, los manteles,
espero con mi hijo junto a las estaciones
y pienso que el futuro va a llegar en los trenes.
Defiendo mi esperanza, amo mi juventud,
pongo un beso en la puerta de mi casa,
lo pongo con amor de centinela;
después me voy, me voy de bala en bala,
de granada en granada deshojando la guerra.

¿Quién que tenga mi edad no me acompaña,
quién con mis dulces años no me sigue,
quién que vea brotar espigas de su pecho
no se pone del lado de su espigada juventud?

¿Quién en Colombia, en mi país dorado,
quién en cualquier país agricultor,
quién en toda la América, en sus mares,
quién en toda la tierra, en la espaciosa tierra
no defiende las vidas que recién amanecen
y le arranca las muertes a la guerra?

Yo sé que somos muchos, que somos casi
/todos:
somos millones de hombres y de pájaros,
millones de mujeres y de auroras,
somos una familia mundial de resplandores
y no hay un solo hermano que quiera ser
/soldado
ni hay un solo soldado que quiera disparar
/sobre las flores.
Nadie quiere trincheras, todos queremos
/surcos,
queremos tallos dulces en lugar de fusiles,
y en vez de municiones queremos dulces
/granos
y graneros repletos de marzos y de abriles.

El carpintero de veinte años
se niega a fabricar culatas y armamentos,
y su hermano que vende manzanas en la calle
prefiere hablar de frutas que conversar de
/muertos.

El joven del taller y el muchacho del trigo
se niegan a marchar con un tambor de fuego,
y el uno se defiende con chispas de su fragua

y el otro con espigas y explosiones del suelo.
Jóvenes labradores y jóvenes canteros
construyen una casa de bueyes y de piedras
y se niegan a abrirla cuando pasa la guerra
y llama a las ventanas y las puertas.

¡Oh juventud, aroma de altos cedros,
Perfume de entusiastas geologías vivas,
espeso movimiento de toros y de árboles,
furioso amor, preñez de cordilleras!
¡Oh juventud, océano de soles, mar de cantos,
rumorosa y profunda madera de guitarras,
piel numerosa y fértil contra las bayonetas,
piel fértil que floreces en donde te desgarras!

Allí donde la carne se abrió, donde la carne
recibió los mordiscos de la pólvora,
ha brotado una flor dura y cicatrizada
y aquellos que volvieron, los muchachos
que volvieron ayer de las trincheras,
se tocan esa flor y se prometen
golpear con ella el odio y los cuarteles,
golpear la casa de los generales,
hasta que se desplomen las espadas
entre un clamor de orquídeas y metales.

Todos están de pie, todos estamos
de pie junto a los años fornidos que tenemos
y como leñadores trabajamos
y con una corteza de amor nos defendemos.

En la China el muchacho que cultiva arrozales
y esparce por el campo su cara de semilla,
devuelve los cañones a medida que avanza
envuelto en el relámpago de su carne
/amarilla.

El joven de Alemania reconstruye sus cúpulas,
azota sobre el Rhin su camisa de sangre,
y siente que en sus manos retoña la blancura
como si la camisa se volviera más grande.

El negro de Abisinia, el nocturno mancebo
que rompe la envoltura de la noche africana,
ignora que en sus dedos va a florecer el
/mundo
y que en sus dientes lleva sonriendo la
/mañana.

Muchachos argentinos se dan cita en la
/pampa,
jóvenes bolivianos se juntan en las minas
y levantan la frente del pasto y el estaño
y la llenan de noble sudor de golondrinas.

En bandadas los hijos menores de las patrias,
vuelan de patria en patria y apagan la candela
que el pastor descuidado deja entre sus
/rebaños
y que la oveja negra propaga por la tierra.

Hasta el viejo que tiene una muleta joven

defiende el porvenir, guarda el campo
/sembrado,
y les dice a sus nietos que su barba madura
es mucho más hermosa que un cerezo
/incendiado.

Ninguno se abandone ni se quede
abandonado en medio de su frente.
Acudan todos a escoltar la vida
y a quitarle las armas a la muerte.
Acudan de la India, de sus ríos sagrados,
acudan de los ríos musicales de Italia,
a inundar los caminos que Dios puso en la
/tierra,
con el pie florecido en la joven sandalia.
Acudan a mi casa de América, a mi casa,
a decir con mi lengua mundial esta plegaria:

Señor, queremos paz sobre los montes
y paz sobre los ríos y los mares, Señor.

Pacíficas estrellas en el cielo
y en los ojos del buey lunas pacíficas.

Mansedumbre en el pecho de los hombres
y en el de las mujeres mansedumbre.

Silencio para el sueño de los muertos
y para el de los vivos más silencio.

Amor bajo la piel de las naciones

y encima de la piel cicatrices de amor.

Congregantes campanas de los pueblos
y en las aldeas domingos congregantes.

Una paloma al pie de Norteamérica
y en los hombros de Rusia otra paloma.

Una sola bandera en los armarios
y en los días festivos una sola.

Pan en la mesa de los panaderos
y en la mesa de todos vino y pan.

Libertad, para amar, para creer,
y para hacer la vida libertad.

Música en el oído del obrero
y en las fábricas pájaros y música.

Pinturas en los muros, en las piedras,
y en los libros poemas y pinturas.

Alegría muscular en los estadios
y en las camisas verdes alegría.

Esperanza sin sombra por la noche
y por el día andamios y esperanza.

Misericordia para los vencidos
y para el vencedor misericordia.

Piedad, justicia y besos para todos
y para todos madre y más piedad.

Por un rifle un millón de tulipanes
y por cada soldado otro millón.

Sinfonías a cambio de batallas
y a cambio de explosiones sinfonías.

Coraje entre las manos juveniles
y entre los corazones más coraje.

Fuerza para creer en el futuro
y para perdurar mucho más fuerza.

Paz hasta que se arruguen los cuchillos
y hasta que caiga el odio paz y paz.

Paz en el alma, paz en la mirada,
y paz mil veces y mil veces paz.

Y NO HAY BLANCURA EN TU VESTIDO BLANCO

Te has vuelto triste y fea, patria bella.
Patria de miel, te has vuelto de limones.
Dulce patria, caballos de amargura
pastan en tus colinas y balcones.

Te volvieron oscura, patria diurna.
Patria joven y diurna, te volvieron anciana:
cogieron y arrugaron tu pellejo de orquídeas
y apagaron a golpes tu color de manzana.

Amaneciste gris un mañana,
patria de lomas verdes y pájaros verdes.
Amaneciste, patria de bambucos,
con una carabina entre los dientes.

Patria amorosa, el odio te persigue,
te persiguen las armas, patria inerme,
y entre tu propio pecho, patria viva,
se escuchan los disparos de la muerte.

Patria de pan, tus montes tienen hambre,
tienen sed tus labriegos, patria de
manantiales,
y no hay blancura en tu vestido blanco,
patria de espumas, ovejas y arrozales.

Si pudiera decirte, patria mía,
lo que sufro por todo lo que tienes,
por todo lo que tienes y te falta,
me moriría tranquilo en tus rodillas,
como se muere un hombre que conversa
/palomas
y le queda un hermoso dolor en la garganta.

COPLAS DEL AMOR Y DE LA MUERTE

Una mañana, amor mío,
o una noche encendida,
cesará tu resplandor
y se apagará la vida.

El amor es una guerra
feliz pero desdichada,
porque se traga la tierra
al amante y a la amada.

Si te pudiera besar
eternamente los ojos,
pero está esperando el mar
tu ceniza y mis despojos.

Presurosamente arde
la llama de los amores.
De la mañana a la tarde
pierden su aroma las flores.

Cuando de luto es tu traje
y el mío es triste y sencillo,
pienso en un viaje, en un viaje
por el filo de un cuchillo.

Si no hubiera sepultura
el amor sería amor,
y no sería tan dura
mi faena y tu labor.

Las aves van a sus nidos,
los buques van a sus puertos,
y van los besos heridos
en las bocas de los muertos.

Cuando te pongo la mano
sobre el hombro, compañera,
pienso que soy el verano
destiñendo una bandera.

Crece el mar en las orillas,
los árboles en el cielo,
y se ponen amarillas
las hojas sobre tu pelo.

Le duele al río la barca,
al camino la pisada,
y al amante que se embarca
el recuerdo de su amada.

Unidos por los abrazos
y empujados por los besos,
vamos perdiendo los pasos
en los caminos espesos.

Sombra del amor florido
y del amor desatento,
es el luto en el vestido
y la ceniza en el viento.

MELANCOLÍA DE LAS BANDERAS

A mí no me den banderas,
sino aire, aire y aire.
Me sobran todas las telas
y me falta todo el aire.

Las banderas me sepultan
y el aire me desentierra.
Polvo de los cementerios
es el que vuela en el aire.
Las banderas son sudarios
y es un ala todo el aire.
Las plumas caen, las banderas,
pero se sostiene el aire.
Sedas he visto partir
y morir un trapo grande:

en el aire quedan huecos,
pero son huecos de aire.
Plazas he visto y banderas
que oscurecen a la tarde,
mas nunca he visto mis manos
enlutadas por el aire.

A las banderas se va
como a un herido en el aire,
que no le duele la herida
porque se la sopla el aire,
pero que muere a torrentes
y brota pliegues de sangre,
cuando el viento se retrasa
o se desanima el aire.

Yo no quiero, pues, banderas,
sino aire, aire y aire,
para curarme la vida
de tanta vida sin aire.

PLEGARIA

Pido al que hace los árboles, a Dios,
que cubra con su cielo, con su manto,
la casa donde vivo, donde canto
y la mujer que canta con mi voz.

Pido que el pan no falte, que el arroz,
con sus pequeñas lágrimas de santo,

ilumine mi mesa y que su llanto
no solamente alcance para dos.

Pido que ella me ame y yo la quiera
hasta que en una caja de madera
ambos viajemos. Pido, finalmente,

que el Señor se defienda con sus alas,
de los truenos, los rayos y las balas
que a toda hora cruzan por mi frente.

TE QUIERO POR SENCILLA

Te quiero por sencilla, por semejante al heno
que cultivan las manos de un campesino
/bueno.

Te amo por laboriosa, por el rumor de abeja
que tienen tus arrugas sobre la ropa vieja.

Simplemente recoges en tu falda los días,
como hojas amarillas, como mis agonías.

Haces el pan, el beso, los hijos el camino,
los domingos de lana, los manteles de lino,

y yo te amo, mujer, te amo y te siento
más cerca de mi pecho que de tu pensamiento.

HERMOSO WHITMAN

Yo te recuerdo siempre
desnudo y poderoso, pastor de grandes ríos,
hortelano de estrellas, cultivador de bosques,
trashumante labriego, madrugada
reveladora de los horizontes.

Te recuerdo entre pardos animales,
entre todos los hombres, entre el agua,
repartiendo tu fuerza milagrosa,
distribuyendo arados, alientos, pulsaciones,
y cantando, cantando hermoso Whitman,
tus hermosas canciones.

Yo te recuerdo siempre
con tu rostro de claro leñador,
de evangelista de cereales.

Te recuerdo en las fraguas, en los campos,
en las fiestas doradas que hacen los
/labradores.

predicando tu amor y caminando
por entre las espigas y las flores.

Tu garganta caliente y pajarina,
tu lengua de amapolas,
tus dos labios carnosos y olorosos a monte,
y tu voz, hermoso Whitman,
resplandeciendo encima de tu nombre.

Yo te recuerdo siempre

con tu alegría primaveral y bulliciosa,
con tu vitalidad de siempreviva,
con tu heroísmo sano y contagioso,
con tu fe de ermitaño, de atleta, de camino
que va a dar a un pueblo o a un pozo.
Te recuerdo y te oigo correr eternamente

por las arterias de los hombres,
por las raíces duras de las bestias,
por los desiertos y por las praderas,
porque no has muerto, hermoso Whitman,
y mis brazos te esperan.

SONETO DEL AMOR ELEMENTAL

Mi amor era sencillo como el vino.
Como la barba blanca de un abuelo.
Como una golondrina contra el cielo.
Como el habla de un hombre campesino.

Era como el saludo del vecino.
Como un llanto de niño en un pañuelo.
Como frutas regadas en el suelo.
Como la albura de un mantel de lino.

En esta simple rama del amor
mi corazón —constancia de una flor—
todas las madrugadas florecía.

Y ella que siempre lo cuidaba tanto,
una mañana le negó su llanto
a pesar de saber que se moría.

CALLÉMONOS UN RATO

Hemos hablado mucho, compatriotas,
¿por qué no nos callamos
para que las palabras se maduren
en medio del silencio
y se vuelvan arroz,
cajas de pino, escobas,
duraznos y manteles?
Hacemos mucho ruido
y repetimos la palabra muerte
hasta que la matamos.
Decimos mucho corazón
y gastamos el fruto más hermoso del pecho.
Lo que importa es el río,
no su nombre.
Lo que interesa es pan
y no discursos
sobre las propiedades de la harina.
El mar es bello porque es mar
y no porque lo cantan los poetas,
y existirían piñas
aunque no se llamaran como llaman.
Bajo la tierra crece la semilla
porque el surco no habla

ni le pone adjetivos a la espiga.
Un hombre que se calla largamente
se convierte en camino,
y si guarda silencio su mujer
puede volverse viaje.
Callémonos un rato,
al menos para ver qué le sucede
a la palabra uva.
Es posible que crezca y se derrame
hasta llenar el mundo de dulzura
y cascadas de vino.

LOS ATAÚDES ENAMORADOS

Nuestras tumbas, mujer, se darán besos,
nuestros cajones besos y mordiscos,
y no serán sudarios los nuestros sino sábanas
para engendrar trigales
y construir el pecho de los cedros.

Nos volverán a ver sobre la tierra,
a ti llena de polen y de pétalos,
cubierta de azaleas y azahares,
y a mí con un pedazo de primavera roja
entre la boca de madera.

Sobre la tierra, amada, sobre el campo,
tú con trenzas de musgo,
con un manto de plumas y de orquídeas,

y yo con un relámpago extendido en mis ramas
como una fruta elástica y madura.

La muerte será apenas un fecundo reposo,
un sueño recorrido por gusanos labriegos,
otra luna de miel entre raíces,
otro rodar los dos dulces y mudos,
por un salón de terciopelo verde.

Que no pongan el nombre tuyo sobre la
/bóveda,
ni el mío sobre el hueco que se trague mis
/tigres,
sino que nos abonen y nos rieguen,
pues esto es suficiente, compañera,
para tu corazón y mi semilla.

EL MUNDO POR DENTRO

Siento correr los ríos por mis venas
y crecer las estrellas en mi frente.
Siento que soy el mundo y que la gente
habita mis pulmones y colmenas.

De flores tengo las entrañas llenas
y de peces la sangre, la corriente
que caudalosa y permanentemente
inunda mis canciones y mis penas.

Llevo por dentro el fuego que por fuera
dora los panes, seca la madera
y produce el incendio del verano.

Las aves hacen nidos en mi pelo,
crece hierba en mi piel, como en el suelo,
y galopan caballos en mi mano.

EN TI BESO LA PATRIA

En ti beso la patria, beso el río
que la desencadena, que la canta,
y la flor que del suelo se levanta
y la viste abejas y rocío.

Tierra eres, relente de plantío,
sombra de monte, vegetal garganta,
y tanta patria dulce, tanta, tanta,
cabe toda en tu beso y en el mío.

Cuando se juntan nuestras bocas, cuando
el hijo a tu cintura va llegando
en forma de semilla y de gemido,

no te llamo mujer, profunda esposa,
sino Colombia, patria generosa
cuna del trueno y pedestal del nido.

AMISTAD

Amistad es lo mismo que una mano
que en otra mano apoya su fatiga
y siente que el cansancio se mitiga
y el camino se vuelve más humano.

El amigo sincero es el hermano
claro y elemental como la espiga,
como el pan, como el sol, como la hormiga
que confunde la miel con el verano.

Grande riqueza, dulce compañía
es la del ser que llega con el día
y aclara nuestras noches interiores.

Fuente de convivencia, de ternura,
es la amistad que crece y se madura
en medio de alegrías y dolores.

AMOR

Un deseo constante de alegría;
una urgencia perenne de lamento
y el corazón, campana sobre el viento
estrenando badajos de elegía.

Morir mil veces en un solo día
y otras tantas quemar el pensamiento

en la resurrección, que es el tormento
de pensar en la próxima agonía.

Ver en pupilas de mujer un llanto
y sorprenderlo convertido en canto
al soñar en un niño que lo vierte.

Esto es amor, candela estremecida
empujando la noche de la vida
hacia la madrugada de la muerte.

CANCIÓN DEL AMOR HERIDO

Tengo las manos muy tristes
y no sé qué hacer con ellas,
porque anoche me corté
los dedos en las estrellas.

Estaba pensando en ti,
en tus ojos estrellados,
y me pasé por la frente
los dedos enamorados.

Fue allí donde me corté,
en mi frente, con tus ojos,
y se me pusieron grandes
los pensamientos y rojos.

Hoy no he podido sembrar

mi tierra, mi agricultura,
y la comida me sabe
a tierra de sepultura.

Tengo las manos deshechas
por tus pupilas, mi amor,
por pensar en tus pupilas
y tocar su resplandor.

FECUNDA COMPAÑERA

En el espejo de tu cuerpo, esposa,
recogiste mi rostro, tan fielmente,
que la línea más honda de mi frente
quedó presa en tu sangre temblorosa.

Me copiaste, mujer, mujer hermosa,
en tu río de amor, en tu corriente,
y devolviste generosamente
mi cara de montaña silenciosa.

El hijo es tierra de mi propia tierra,
resplandor de mis ojos y mi guerra,
poderosa presencia de mí mismo.

Gracias a ti, fecunda compañera,
fui como una semilla en tu pradera
y retorné más joven de tu abismo.

HEMBRA DE TIERRA Y TIERRA

No te digo paloma, ni princesa, ni reina,
sino mujer de tierra, hembra de tierra y tierra,
compañera de besos, compañera
de mi revolución y de mi guerra.

Te llamo barro de mi alfarería,
surco de mis labranzas coloradas,
pradera en que galopan mis caballos
con las crines heridas y quemadas.

Mujer tendida en medio de la tierra
te llamo y te rodeo con mis brazos,
como si fueras trigo de mis eras
y raíz de mis besos y mis pasos.

No doy contigo pensativamente
sino luchando con tu cabellera,
y golpeando mi vida leñadora
contra tu corazón y tu madera.

INÉS

Inés digo y mi boca se convierte en azúcar
de manzana partida por la luz del verano.
Decir esta palabra es como adivinar
que está cantando un pájaro en un árbol
/lejano.

Inés digo y mi labio se convierte en abierta
flor de pétalos dulces contra la madrugada.
Decir esta palabra es soñar que está muerta
la tarde en el abismo de la noche estrellada.

Inés digo y parece que mi voz se quedara
temblando entre las redes impalpables de un
/beso.

Decir esta palabra es como si lograra
detener en el aire la música de un rezo.

Cuando yo digo Inés olvido los agravios
y de claros panales y canciones me acuerdo.
Decir esta palabra es apretar los labios
para intentar el acto de besar un recuerdo.

Alzar las manos puras para decir Inés
es caer en la sombra de un árbol florecido.
Decir Inés, siquiera por una sola vez,
es sentir en la rama del corazón un nido.

LAS TRENZAS LEJANAS

Yo amé desde un principio tu sencillez de dalia,
tu pudor de semilla que se viste hasta el fondo,
y el amor con que hacías tus trenzas bajo el
/cielo
y escuchabas mis versos como un ave en el
/hombro.

Tu andar de sementera, de parcela espigada,
tu lengua constelada de honorables silencios,
y tus manos en guerra, sobre tu falda verde,
con las ganaderías que apacientan los vientos.

Amé tu timidez, tu cima de arreboles,
tu cabeza inclinada sobre tu pecho doble,
y tu color de espiga cuando el sol te besaba
y cerrabas los ojos bajo el beso de cobre.

Tu casa entre los árboles, tu nido de hojas
/duras,
tu domingo poblado de cúpulas remotas,
y el pueblo donde oías la misa y las abejas
rezando en los panales humanos de las bocas.

Pensabas azahares, naranjas y costuras,
te ponías en el pelo flores de enredadera,
y a solas contemplabas la niñez de los pájaros
meciéndose en la cuna de toda la arboleda.

De cerca te seguía mi amor con su corona,
tu corazón brillaba por sus rojas orillas,
y de la agricultura salían resplandores
de racimos maduros y de doradas piñas.

Cuando llovía en los montes lejanos te
/nublabas,
te ibas poniendo triste como toda la niebla,
y era que comenzabas a quererme, paloma,
y a sentirte campana de mis torres de piedra.

Los días me acercaban a tu piel y a tu ropa,
me candidatizaban labriego de tu vientre,
y tú escuchabas pasos de bueyes y de arados
encima de tu vida y encima de tu muerte.

¡Cuánto sudor después, cuánta faena honrada,
cuánto golpe de pala y de herradura ciega,
hasta llegar los dos, vestidos de semillas,
a iluminar las fiestas más hondas de la tierra!

MUJER SIN NOMBRE

Yo no digo tu nombre. Yo digo mi locura.
Mírame cómo tengo los labios: como ríos
que atraviesan cantando tu hermosura.

Digo mi gran fervor, mi desespero.
Digo lo que me quema cuando llegas
y cuando ya te has ido lo que espero.

Escribo mi apetencia de ser dueño
de toda la candela de tus brazos,
para quemarme en ella como un leño.

Mujer sin nombre, sí, pero nombrada
por mil voces ocultas: por mi instinto
que te tiene de gritos coronada.

Mi sangre hinca su alarido ardiente

en mi carne, socava mi estatura
y en mí mismo te busca ciegamente.

Y por buscarte así, como a una herida,
es mi sangre de tu alma y de tu imagen
la desenterradora enfurecida.

Mujer casi imposible, yo te evoco.
Para acercarte más cierro los ojos
y por cerrarlos casi que te toco.

Te veo saltar del fondo de mis versos
y caer junto a mi alma, con tu pecho
dividido en dos tibios universos.

Te oigo hablar y siento que me quema
esa llama de música que vive
dormida en las palabras del poema.

Te miro andar y siento que tus pasos,
siempre que en el crepúsculo se alejan,
más se acercan al sitio de mis brazos.

Pienso en tu cuerpo cálido y moreno,
y el cóncavo brasero de mis manos
de tu cuerpo se siente casi lleno.

Cuando miro tu talle me pregunto
si en una habitación deshabitada
por estar solo lo tendré más junto.

Cuando miro tus muslos yo me digo
que quizás en el tiempo de la siega
serán de mis trigales dulce trigo.

Y cuando veo tu pelo anochecido,
pienso que va a temblar como una estrella
cuando mi beso arranque tu gemido.

Te espero, sí, con tanto desespero,
que la cal de mis huesos ya no puede
con la muerte profunda con que muero.

Ahora solo falta que te atrevas
y que congregues todas tus pasiones
con la pasión recóndita que llevas.

Mientras tanto yo soy el infinito,
y tú el surco de estrellas asediado
por la semilla amarga de mi grito.

NIÑA MUDABLE

Unas trenzas oscuras y una flor.
Y una boca que ignora su pasado.
Y un corazón pequeño y un callado
deseo de saber lo que es amor.

Yo —plenitud del hombre soñador—
la ungí con el perfume deseado;

le regalé una rosa y un pecado
y un beso apasionado y un temor.

La aprisioné en amor tan dulcemente
que ni un nardo en el viento transparente
puede encerrar así su propia albura.

Y cansada tal vez, niña mudable,
de mi labio en el beso perdurable,
cambió su libertad por mi amargura.

PETICIÓN ENTRAÑABLE

Acércate a mi pecho más caudalosamente,
húndete en mi camisa,
atraviesa mi piel, mis guarniciones,
y arrásame por dentro con tus labios
y tus inundaciones.

Trasvásate a mis venas,
a mi sangre furiosa,
y auméntame los ríos arteriales
y la espuma que pasa por mi frente
cuando pienso hospitales.

Vuélvete mi sustancia,
mi saliva, mi llanto,
y déjate arrastrar por estas aguas
y por el contrapeso de las chispas

que saltan de mis fraguas.

Más todavía súmate a mi sino,
a mi cabalgadura temblorosa,
y estréchame los pies en los estribos,
con los tuyos calzados de palomas
y de cuchillos vivos.

Que una sola persona, un solo gesto,
sean nuestros dos cuerpos enlazados,
y que si yo te beso o tú me besas,
sintamos ambos gustos de amapolas
y cornada de fresas.

De tal manera unidos compañera,
que ni la muerte pueda separarnos,
y que de espaldas, en la sepultura,
tú recuerdes completa mi presencia
y yo inmodificable tu figura.

PRESENCIA DEL AMOR VICTORIOSO

Tú eres la que yo quise destruir con mis besos,
pero la que resistes mi furia y mis abrazos,
y sales siempre nueva de mis bosques espesos
y siempre florecida de mis grandes hachazos.

(Un viento loco y verde te golpeaba la cara,
un vendaval de besos de mi boca te hundía,

pero el hijo llegaba con su semilla clara
y en medio de tus ojos oscuros la encendía).

Eres la que no pude vencer con mi locura
y fatalmente herir con mis espadas ciegas,
y el trueno que circula por mi cabalgadura
y el búfalo que truena por mis hondas
/entregas.

Sobrevives y cantas a mi lado, a mi vera,
como un ave incansable que atesora mis
/pasos,
y vuela a toda hora sobre mi calavera
y construye su nido en mitad de mis brazos.

Ya tienes el tamaño de mis manos inmensas,
la medida del grito que me habita la vida,
y puedes abarcarme todo lo que me piensas
y elevas a tu frente la sangre de mi herida.

Siento tu punzadora dulzura en mi costado,
tu penetrante aroma de selva en mi camino,
y nadie me consuela cuando estoy a tu lado
y pienso que la muerte se beberá tu vino.

SOLO SU CUERPO DULCE

Tú eres la que yo quise destruir con mis besos,
Su cuerpo es una aldea

donde yo me refugio cuando truena en el cielo,
y tiemblan los follajes de mis venas
y las agrupaciones de mi pelo.

Su cuerpo dulce y hondo
y sus dos brazos como ríos sin puentes,
donde me oculto con mis tempestades
y las constelaciones furiosas de mis dientes.

Vientos como caballos
me pisan todo el pecho de pan y de amapolas,
pero voy a su cuerpo
y su cuerpo me lava la sangre con sus olas.

Solo su cuerpo dulce
en medio de estos días con sabor a ceniza,
y a semana nocturna
sobre la matutina tela de la camisa.

Su cuerpo dividido
en colinas, en valles, en boscajes, en nidos,
y prados de amapolas
donde hay niños oscuros y linajes dormidos.

Miel tibia, leche tibia,
y el rumor de la sangre bajo la piel delgada,
el rumor de la vida
bajo la piel desnuda y levantada.

Sólo su cuerpo dulce
para el mío de fibras y de zumos amargos,

que ya está fatigado
de las noches oscuras y los caminos largos.

SONETO DEL AMOR ELEMENTAL

Te quiero así, mujer: sencillamente,
como quiere el pastor a sus ovejas,
el caminante a las encinas viejas
y el río matinal a su corriente.

Te amo como las casas a la gente
y como la colmena a las abejas,
y los ojos dormidos a las cejas
que vuelan en el cielo de la frente.

Voy a tu corazón como las olas
a los buques cargados de amapolas
y de maderas claras y sencillas.

Doy con tu beso al fin, con tu ternura,
como el río con toda la llanura
y la sed con el agua sin orillas.

SONETO HERIDO POR LA MUERTE

Va cayendo la noche en los trigales,
mis besos van cayendo en tus racimos,
y nos vamos los dos como vinimos:

por laberintos, fechas y hospitales.

Cuando el mar nos separa con sus sales,
por encima del mar nos escribimos,
pero de todos modos nos sentimos
sepultados por olas torrenciales.

Nada podrá salvarnos, compañera,
de la separación, de la madera,
del ataúd y su corteza oscura.

Trina el amor pero la muerte llora
y nos arroja sombra destructora,
sombra de pino y sed de sepultura.

SURCO Y MUJER

Es más dulce el amor
sobre la hierba, niña.
Sobre las esmeraldas
que alfombran la campiña.

Más dulce que en el lecho
porque la tierra es ancha,
y la sombra del cuervo
la toca y no la mancha.

Cada beso revienta
igual que una amapola,

y a lo lejos el trigo
suena como una ola.

El varón, el labriego,
al entrar en su amada,
siente los muslos verdes
y la tierra sembrada.

Surco y mujer, iguales,
reciben la simiente,
con más cielo en los ojos
que sudor en la frente.

VENGO Y VOY A TU VIENTRE

Estoy cansado, amada, y estoy triste.
Vengo desde las tierras arrasadas y solas,
desde donde la muerte se desnuda y embiste
los acontecimientos, los hombres y las olas.

Vengo, hermosa, del tiempo, de la vida, del día
en que con sangre puso mi racimo en el
/mundo,
y empezaron mis hojas a sentir la agonía
de un cielo sin orillas y de un barro profundo.

Estoy cubierto de alma derramada y herida,
me tambaleo en medio de la noche sin astros,
y dejo en las paredes de tu casa dormida

mis capitulaciones, mis huellas y mis rastros.

Voy hacia tus entrañas inconteniblemente
y te pido que salgas al aire, a los caminos,
a recibir las dudas que asaltan a mi frente
y los pasos que acercan mis pasos a tus trinos.

VESTIDA COMO EL CAMPO

De verde te amo más, con el vestido
que se parece al campo cuando llueve,
y el campo se emociona y multiplica
su verdura por nueve.

Ataviada de selva, de árbol joven,
por mi casa mensual cantas, caminas,
y despreocupas las habitaciones
con tu aroma de encinas.

Pienso que te sembré, que soy labriego,
que tu seno es el fruto de mi arado,
y que te salen hojas de la vida,
y ramas del costado.

Te quiero más así, toda de verde
olorosa a madera, esperanzada,
como recién salida de la tierra
con la cara mojada.

Déjame recostar sobre tu falda,
soñar que me he perdido en tu follaje,
y que un hijo me busca como loco
debajo de tu traje.

ANGUSTIA

Yo me lleno de angustia mirándote la frente
porque estás más lejana cuando estás más
/presente.

Para que yo no pueda llegar hasta tu alma
tú me miras a veces con esa misma calma

con que miran los lagos una noche estrellada:
la miran hasta el alba y no le dicen nada.

Espadas de silencio guardan tu pensamiento
y yo me estoy muriendo de sentir lo que siento:

angustia de no verte los labios apretados
cuando nombro la historia de los besos
/robados,

angustia de mirarte las pestañas caídas
indiferentemente, como flores vencidas,

cuando me entrego y hablo de la virtud del
/trigo

y te pido amoroso que te vengas conmigo.

Nada te transparenta, hasta tu misma risa
relieva tus perfiles de mujer imprecisa.

Todos tus actos tienen profundidad de arcano,
hasta el acto sencillo de levantar la mano.

Me nombras y te salen despacio los sonidos,
como si no quisieran llegar a mis oídos.

En ti misma te escondes, yo te busco y el llanto
muchas veces me inunda y es de buscarte
/tanto.

Te fugas hacia adentro de ti misma obstinada
y yo sufro mirándote con la boca cerrada.

Tus dos labios sin música de palabras ardidadas
se me antojan dos flautas por ti misma
/vencidas.

Vives en mí tan honda, desde hace tantos
/meses,
que si ahora muriera moriría dos veces.

Angustia de mis manos buscando en el vacío
tu corazón que ignora la soledad del mío.

Angustia de tus trenzas, que recortaste un día
y que tenían la forma de la tristeza mía.

CUALQUIER HOMBRE CANTA A SU HIJO PRESENTIDO

Para la vida de mis hijos
bella medida es tu cintura,
y bello el ritmo de tu pulso
para la sangre de mis hijos.
En tu nostalgia atardecida
cabe el sollozo de mi niño,
y cabe el llanto de sus ojos
entre la red de tus pestañas.
Red que se llena de luceros
cuando la tiras en el agua.

Guarda el reposo de tus párpados
que allí está el sueño de mi infante,
y no te canses de mirarme
que mi pequeño está mirando
con esa luz de tu mirada.
Enhebra el hilo de tu canto
para sentir que está cantando
la voz del hijo entre tu voz,
como burbuja de los peces
entre los círculos del agua.

Cuando caminas me parece
que el hijo avanza con tus pasos,
y si te quedas detenida,
entonces pienso que es el hijo
el que se para con tus plantas.

Si vas en busca de los soles
del mediodía delirante,
pienso que el hijo de mi alma
se está acercando lentamente
a la candela de una lámpara.

Tú eres la rama que sostiene
el alto fruto de mi carne,
y eres la vena que da música
al corazón de mi pequeño
que está perdido en la distancia.
Las golondrinas que tú sueñas
rayan el cielo de mi infante,
y vas cantando por la tierra
mientras el hijo va cantando
por los caminos de tu sangre.

DESTINO

Por mi culpa, mujer, por mis inviernos,
muchas veces tu cara se humedece de
 /lágrimas.
Pero también por culpa de Dios,
 /frecuentemente,
el rostro de la tarde se humedece de lluvia.

Yo te veo sufrir como la patria.
Debajo de tu piel oigo un río de llanto.
Es un río que nace de mí mismo, de mi alma.

Soy yo que no me puedo contener y te arrastro.

¡Padezco entonces tanto!

Soy la sal que tus ojos ciegos están llorando.

Siento que me desprendo de ti como de un
/monte

cuando cae una lágrima del filo de tus

/párpados.

Mejor no haberte visto nunca sobre la tierra.

Pero ¿cómo no verte

si soy el hombre y tengo como todos instinto
y tú eres la mujer y por tu vientre existo?

Desde antes de mí mismo,

desde mi madre virgen,

yo venía buscándote, fatalmente buscándote,
para pasar llorando sobre tu cuerpo triste.

ESPOSA AMÉRICA

Te pienso desde Europa, esposa mía,
te pienso a grandes pasos, como loco,
y persigo por todas las patrias y los mapas
tu pecho montañoso, tus rebaños de leche,
y la desesperada tierra de tus volcanes
y la cicatrizada corteza de tu vientre.

Entre nosotros dos está el mar con sus barcos

y los campos están con sus caballos,
pero no alcanza el agua a separarnos,
no alcanza el agua ni la tierra alcanza,
porque yo soy el hijo que tienes en los brazos
y tú eres el incendio que yo tengo en el alma.

Con besos y con labios desentierro tu frente
de puros resplandores vegetales,
hambrientamente muerdo hoteles y países,
muerdo casas, aldeas, cementerios,
y los pueblos me saben a tu cara
y las calles me saben a tu cuerpo.

Tu olor de tierra joven me golpea,
tu perfume salvaje me penetra
y me perfuma tanto y tan adentro,
que mi piel huele a tu vestido verde
y huelen mis poemas a tu vida
y mis desgracias huelen a tu muerte.

Con barro de mi barro, con arcilla de América,
con fuego de tus manos y tu aliento
estás haciendo un hijo americano.
yo escucho tu trabajo desde Europa,
escucho el crecimiento de tu vientre
y escucho el crecimiento de tu ropa.

Me desvelo en Berlín, en Praga me desvelo,
siento correr tu sangre por mis puentes,
siento que tus cosechas se propagan
por las paredes duras, por mi lecho,

y que todas las hojas de América y los ríos
y las revoluciones estallan en tu pecho.

Sigue creciendo, esposa, mientras vuelvo,
esposa mía, esposa de los montes,
madre de los arados y los vientos.
Inés, tu corazón es como un surco
y yo soy un labriego turbulento
que te siembro, te siembro por el mundo
y por el mundo te amo y te recuerdo.

ÍNSULA

Como un nocturno vino tu mirada,
amotina mi sangre enardecida
y la noche en mis hombros detenida,
ignora su presencia desolada.

Ya no puede mi voz contra la espada
de silencio que tengo entre la herida,
de saber tu caricia estremecida
pero en oscura cárcel encerrada.

Estoy solo en la costa de tu risa,
y aunque la ofrenda tuya se divisa
mi temor de alcanzarla lo confieso:

Mi corazón —grumete sorprendido—
no se atreve en un mar desconocido
para ganar la isla de tu beso.

VIENTO ROJO

Yo descubrí tu boca, yo te puse
en la boca mis uvas torrenciales,
y con los pasos de mis animales
una marcha enlutada te compuse.

El color que más amo y más te luce
es el ebrio color de los parrales,
porque desencadena mis metales
y a tus grietas profundas me conduce.

De catafalcos y leopardos míos
están llenos tus bosques y tus ríos,
leñadora, desnuda, navegable.

Sobre tu cuerpo pálido me inclino
y oigo correr tu sangre, como vino,
en medio de la noche interminable.

UNA HOJA NO MÁS

Una hoja no más. Esto es el hombre.
¿Dónde su rama original?
Una hoja cayendo eternamente
sobre la tierra y sobre el mar.
El agua es infinita,
las llanuras son vastas.
El viento pasa por los pueblos

lleno de muertas esperanzas.

Una hoja no más, pequeña, deshojada,
de tumbo en tumbo, sola, desolada.

¿Dónde el sitio en que va a caer?

La tempestad tala los árboles
que han empezado a florecer.

A lo lejos se escuchan gritos.

Sobre la hierba verde y madre
está pariendo una mujer.

Una hoja no más. La noche avanza.

El tiempo apaga el fuego de las cosas.

La muerte sopla sobre los hogares.

Al misterio se llega del misterio.

Se padece, se vuelve a padecer.

Una hoja cayendo hacia el olvido
para luego volverse a desprender.

MATERNIDAD

Si un hijo la abrumaba, no sabía.

Al principio pensaba lo que un nido,
lo que una voz, sin voz para el gemido,
lo que un perfume en trance de agonía.

Luego supo que el hijo nacería,
porque miró su seno convertido
en un tallo de miel, donde el latido

del corazón en leche florecía.

Más tarde toda se sintió vencida
por su propia cintura —mies crecida—
hacia el cielo redondo de su pecho.

Y un día casi azul, de madrugada,
se sintió por un niño desgarrada
sobre el lirio impasible de su lecho.

LUCES PARA UN HIJO

Para el hijo que crece en tus entrañas,
para que nazca fuerte, simple y bueno,
ara la tierra, duerme sobre el heno
y refleja en tu pecho las montañas.

Piensa que el agua clara en que te bañas
es un río que cruza por tu seno,
y en tu profundo corazón sereno
deja su huella y vierte sus hazañas,
para que nuestro hijo, en tu cintura,
sienta que se completa y se madura
entre una larga sucesión de olas,
y venga al fin, en medio de tus gritos,
a mirar los espacios infinitos,
sobre las encendidas amapolas.

NO MUERE EL HOMBRE

No muere el hombre
cuando su corazón se marchita
y se desprende como una hoja silenciosa.

No muere el hombre
cuando se queda inmóvil en la sábana
y su fuerza profunda se evapora.

No muere el hombre
cuando la tierra cubre su estatura
y la hierba le nace entre la boca.

No muere el hombre
cuando la nieve terca de sus huesos
debajo de las piedras se disipa.

No muere el hombre
cuando nadie recuerda su ternura,
ni su oficio especial, ni sus canciones.

No muere el hombre
cuando es polvo en el polvo de los siglos,
sombra del polvo, sombra de la sombra.

El hombre muere,
solo cuando se niega a creer en el hombre,
en el amor, en la verdad, en el futuro.

Entonces muere tanto

que se pudren sus ojos y sus manos
a pleno sol, en medio de las calles.

GUÁRDAME DE LOS VIENTOS Y LOS VIAJES

No me dejes partir, no me abandones,
átame a tu cintura con tus brazos,
y aléjame los buques de la cara
con tus suspiros y tus aletazos.

Rodéame de ti, de tu ternura,
de tus palomas y de tus espinos,
para que no me llamen los países,
para que no me escriban los caminos.

Tengo toda la noche de tu pelo
para embarcarme en ella, tristemente,
y alejarme un momento, con las manos,
de las orillas de tu continente.

Puedo andar por mi frente, por la tuya,
con gestos numerosos y mundiales,
y me siento más hondo en tus entrañas
que en los naufragios y en los funerales.

Quiero quedarme en ti, quiero que me ames
y que me arrojes besos como escalas,
siempre que me desprenda de tus labios
y me crezcan los viajes y las alas.

CANCIÓN AMARGA

A sembrar una mata
fueron mis manos,
y volvieron cortadas.

A bañar mis caballos
fueron mis ríos,
y volvieron sin agua.

A encontrar la mañana
fueron mis gallos,
y volvieron sin plumas.

A comer en un plato
fueron mis hijos,
y volvieron con hambre.

A mirar la cosecha
fueron mis ojos,
y volvieron cerrados.

A traerme los años
fueron los días,
y no volvieron.

TEJEDORA

Bordas laureles, claras contraseñas
en la mañana llena de semillas,

y crecen tus puntadas amarillas
como flores redondas y pequeñas.

Dulces son tus tareas hogareñas
y los pañales, sobre tus rodillas,
son palomas ajadas y sencillas
que te anuncian el hijo con que sueñas.

Tejes la vida, tejes el futuro
y tu sombra se inclina sobre el muro
como sombra de rama que florece,

mientras la luz, la sangre de la aurora,
asciende por el hilo, tejedora,
y en mis ojos nocturnos amanece.

AUTORRETRATO

A grandes líneas, sobre un fondo rojo,
me trazo y me dibujo.
Dejo correr la mano, me persigo
y me alcanzo, suspiro por suspiro,
como un carbón que corre como un toro.

Mi carne gris no importa. Es una nube
y las nubes no duran.
Pasan por los arroyos, por el cielo.
El viento pasa por la tierra oscura
y borra la estatura de los hombres.

La libertad abrió entre mis raíces
su paloma constante y solitaria.

Amo la tierra y su color pesado,
cargado de alimentos y de herbarios.
Amo la compañía de las manzanas
que calientan la nieve de un corpiño.
Amo la esencia, la pintura, el vino
y la locura clara, incorporada
a la espuma sin copos y sin límites.

Sé que vendrá la muerte a sepultarme.
Mas sé también que luego vendrá el hijo
a cantar sobre el polvo de mi carne,
y a seguir dibujando con sus manos
este oscuro retrato de su padre.

DESDE LA NOCHE SIN ESTRELLAS

Acércales tu color de yerbabuena
a las cosechas malas, amor mío.

Hace ya muchos días que la sangre
se sale de las venas como un río,

y envenena los peces y los pueblos
que inunda con su rojo desvarío.

Hasta el vino, mujer, siente tristeza
y la montaña en llamas siente frío.

Dame los nidos de tu cabellera,
la selva de alas de tu poderío,

para aumentarle al cielo su follaje
y al infierno su límite sombrío.

Como a las matas riega las cadenas
y convierte sus nudos en rocío.

Mujer de sol, espuma de mis fraguas,
golpea los metales con más brío,

para que mi país atormentado
recobre su figura de navío.

Compañera del mar, de los dos mares
que en mi pañuelo lloran su desvío:

bésame largamente y de caminos
llena mi territorio y mi vacío.

BÚSQUEDA DEL AMOR Y DE LA PATRIA

Escúchame, mujer:
Para buscar la patria perdida vine al mundo
lleno de luces rojas,
y para levantar andamios y muletas
sobre sus calles cojas.

Donde los campesinos caen bermejamente,
y se oyen derramadas y rotas sus mazorcas
y sus mares de granos,
allí acuden mis brazos camilleros
a recoger los muertos con las manos.

En la patria nocturna
se ven arder mis teas,
y se ven mis vestidos incendiados
en medio de cuchillos y peleas.
Camino y canto,
busco a la patria y canto,
y arrastro mi canción por las montañas
como si fuera un manto,
tejido con estambres colorados
y con hebras de llanto.

Pregunto al que me encuentro en el camino
por mi patria espaciosa, de hojas anchas,
y pregunto por ríos caudalosos
para lavar sus trajes y sus manchas.
Trato de dar con ella, con mi patria perdida,
cortada, dolorida,
y al enjarrar el brazo en torno de ella,
se me enreda la vida
en las arboladuras de su estrella.
Voy a ciegas, a golpes de pestaña,
por los pueblos en llamas, por las calles,
y en mis orejas, como en caracoles,
recojo los puñales y los ayes.
¡Oh, las piedras granates,

la cara de la indiada,
el grupo rojo,
el cielo con incendios
reflejado en el ojo!
¡Oh la bala perdida,
y el caballo inocente
que se le va la vida
galopando en la sombra de la herida!
¡Oh, la patria que busco,
la perdida
patria de mis entrañas,
que busco por volcanes y cabañas,
y por las hendiduras genitales
que tienen las montañas!

No me canso de amarla
y de correr tras de ella como un loco,
a ver si con mis párpados la alcanzo
y con mi alma la toco.

La busco donde vivo
y donde me traslado con la frente,
cuando los pensamientos me martillan
la mirada caliente.
Los domingos la llamo en los mercados
sangrientos y rurales,
y la busco en los ojos de los hombres
y en la mirada de los animales.

Con el viento se va,
con los perfumes viene,

pero cuando me abrazo a sus olores,
me la quitan de encima los disparos
y los disparadores.

Quisiera trasvasarla a mis venas hambrientas
desde un caballo rojo, a la carrera,
y sentir en mi pecho su pecho clamoroso
y la trepidación de su madera.
Eso quisiera,
pero siempre en el borde del estribo
me la quita la muerte bandolera.

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de mayo de 2018
en los talleres de Apotema S.A.S.,
con un tiraje de 12.000 ejemplares.
Medellín - Colombia

ISBN: 978-958-8396-88-0



Este ejemplar rueda por todo el Valle de Aburrá. Va de mano en mano. Quienes lo leen se sienten unidos por la alegría de haber vivido una bella historia, un poema estremecedor, un relato inolvidable.

Léelo y compártelo.

Siempre habrá otros ojos ansiosos.

Palabras Rodantes

Una alianza:



comfama

Prohibida su venta